

El Reino de la Noche

W. H. HODGSON

Tras la desaparición del escritor William H. Hodgson, fulminado por un proyectil de artillería en la I Guerra Mundial, podría decirse que sólo conocían su obra un puñado de devotos lectores. Redescubierta años después por el maestro del género H. P. Lovecraft, la obra de Hodgson ha ido ganando adeptos entre los aficionados a la literatura de horror, y ha sido traducida a numerosos idiomas.

El lector puede encontrar las novelas de Hodgson —«Los botes del Glen Carrig», «La casa en el confín de la Tierra» y «Los piratas fantasmas» en TRILOGÍA DEL ABISMO (GOT 58)— y sus relatos de terror en el mar —LOS MARES GRISES SUEÑAN CON MI MUERTE (GOT 82)— en esta misma colección. EL REINO DE LA NOCHE (1912) —cuyo texto publicamos completo por primera vez en castellano— es una extensa narración sobre el futuro infinitamente remoto de la Tierra, dentro de miles de millones de años, tras la extinción del sol, y está contada como si fueran los sueños de un hombre del siglo XVII...

La novela narra las desventuras de la última saga de un cosmos agonizante, de la épica resistencia de un mundo asediado por la noche eterna y por el imparable ascenso de las tinieblas. Según el escritor de género Clark Ashton Smith, sólo un gran poeta podría haber concebido y escrito esta historia.

En «El horror sobrenatural en la literatura» Lovecraft afirmaba que EL REINO DE LA NOCHE era «una de las obras de imaginación macabra más logradas que se han escrito. La imagen de un planeta muerto, oscuro como boca de lobo, en el que los supervivientes de la especie humana se concentran en una pirámide de metal de extraordinario tamaño y son asediados por fuerzas monstruosas, híbridas y desconocidas, es algo que ningún lector podrá olvidar». Y añadía:

William Hope Hodgson logra transmitirnos «una sensación de hostilidad cósmica, de intenso misterio y de temerosa expectación que no tiene parangón en toda la historia de la literatura».

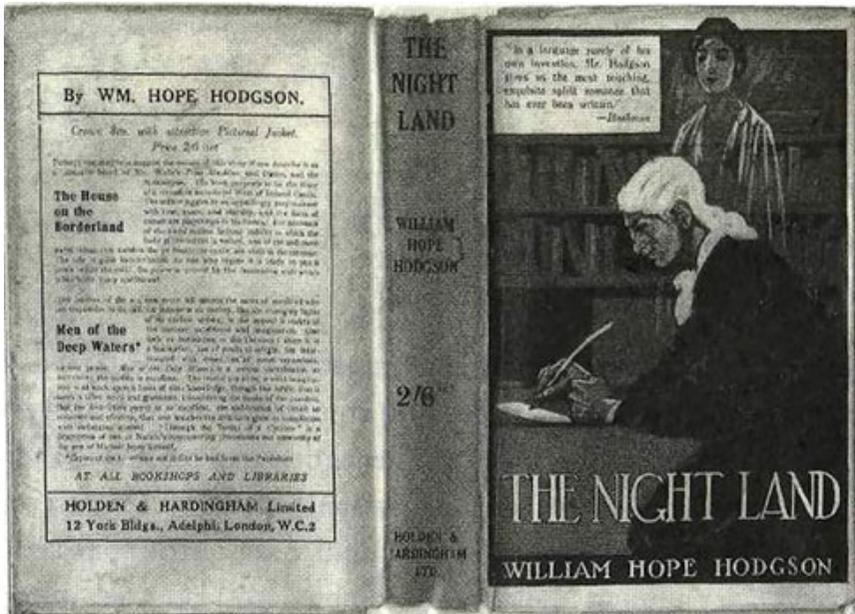
INTRODUCCIÓN

TIERRAS INHÓSPITAS Y AMORES VICTORIANOS

Fue durante uno de esos veranos interminables de la adolescencia, esos veranos con sus mañanas y tardes que no parecían tener fin, con sus horas de aburrimiento que había que llenar de alguna forma cuando se pasaban las vacaciones en una ciudad costera, brumosa, volcada sobre el mar, en la que aún era posible deambular sin restricciones por el puerto franco y admirar los barcos de nombres exóticos, y oler mil y un aromas desconocidos mientras tus pies pisaban los granos de maíz, cebada, trigo, que se habían derramado al ser descargados por inmensas y vetustas grúas de acero.

Y cuando ya habías visto todos los barcos y escuchado las innumerables jergas que los marinos gritaban de la cubierta a los muelles, y observado las diferentes mercancías que se amontonaban, formando laberintos indescifrables, sobre la dársena, no te quedaba más opción que echar mano a los libros, libros que, al menos en mi caso, han llenado muchas de esas horas inacabables y aburridas que, aunque aún no lo sabemos, tanto vamos a echar de menos al cabo de unos cuantos años.

Pues bien, fue uno de esos veranos de la adolescencia, con dieciséis o diecisiete años, cuando abordé por primera vez *El Reino de la Noche*, de William Hope Hodgson.



Recuerdo que ese mismo año había leído un pequeño volumen de cuentos de terror marino del propio Hodgson, que luego había devorado *Dune*, de Frank Herbert, y que pretendía rematar el mes con ese libro fantástico, oscuro y extraordinario; y digo «pretendía» porque tengo que confesar que no pude acabarlo.

El Reino de la Noche es un libro inmenso y difícil. Inmenso no sólo por el tamaño sino también por el contenido y por la forma con la que Hodgson se empeña en mostrarnos ese contenido; inmenso porque el autor pretende abarcar gran cantidad de temas e ideas en unas cuantas páginas (sí, a pesar de que son más de 500); inmenso porque se adelanta en muchos conceptos, imágenes, situaciones, «inventos» —aparatos mecánicos, armas, armaduras, máquinas, tecnología— a la literatura imaginativa de ciencia-ficción que, recordémoslo, en aquella época estaba en pañales.

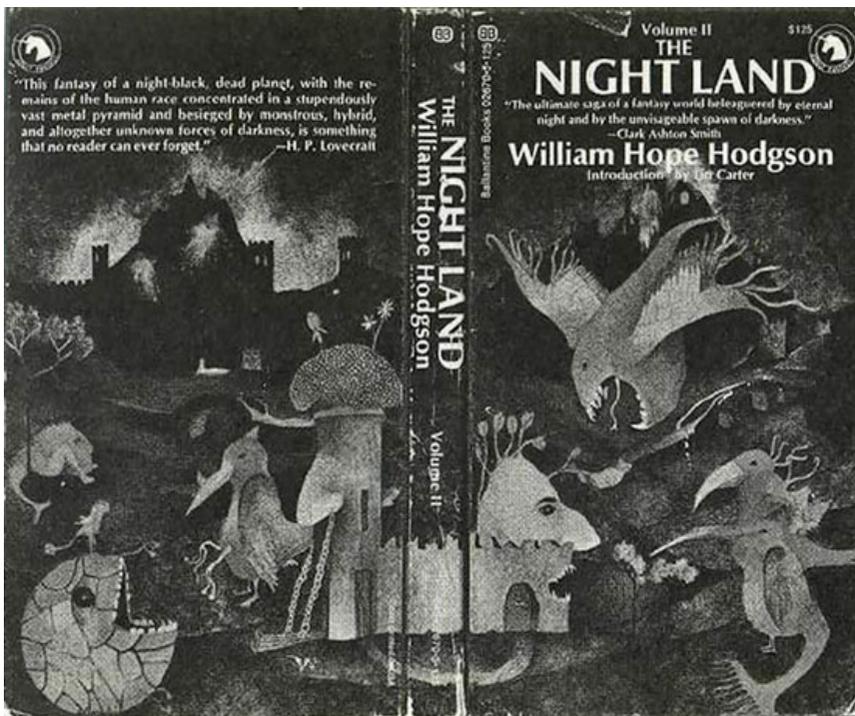
Así mismo, como apunto en el párrafo anterior, es un libro difícil. Difícil por la forma en la que se nos presenta la

narración, cuyo estilo literario copia el del siglo XVII; difícil por los asuntos que el autor pretende tratar con una más que notable preocupación y seriedad: el amor, la muerte, la vida después de la muerte, el sexo, la relación de pareja, las sociedades futuras, la lealtad, el honor, hasta el origen y desarrollo de las especies y la teoría de la evolución; difícil porque (y abro un paréntesis para apuntar la primera de las varias veces que voy a recordarles que *El Reino de Noche* está imaginado y escrito cuando la sociedad inglesa aún no se había sacudido del poderoso influjo de la época victoriana) está repleto de visiones, imágenes y acontecimientos — pasados y futuros— que creo debieron ser bastante complicados de asimilar, entender, valorar, por una gran porción de la sociedad lectora de su tiempo. Y en cuanto a esto, recordemos que la Primera Guerra Mundial aún no había estallado y que los campos de Europa seguían siendo tan verdes y bucólicos como (casi) siempre; las trincheras, los cañonazos, el barro, los gases venenosos, los cadáveres, ya se encargarían, a partir de 1914, de acercarnos a las escenas que Hodgson imaginó para su novela. No en vano, el mismo autor, mientras servía como teniente en los campos arrasados de Bélgica, escribió a propósito de esto en una carta a su madre:

«El sol descendía majestuosamente cuando volví, y en medio de aquella desolación se erguían extrañas, amorfas, vacuas masas levantadas por el hombre contra la Tormenta infernal que rugía por todas partes, noche y día, día y noche, en mitad de la más atroz Llanura de Destrucción. ¡Dios mío! Hablar de un Mundo Perdido... hablar del FIN del Mundo; hablar de la "Tierra de la Noche"... todo está allí, a no más de doscientas millas de dónde tú te encuentras, ajena a lo que sucede. Y la infinita, monstruosa, terrible sensación de lo que contemplo... la muerte que espera, sumergida... Si sobre-

vivo y, de alguna manera, puedo salir de aquí (y, por favor Dios, espero que así sea), *qué* libro podría escribir si mi “vieja” habilidad con la pluma no me ha abandonado.»

El Reino de la Noche se publicó por primera vez en 1912, en la editorial Eveleigh Nash, del Reino Unido; tenía una extensión de 584 páginas y estaba encuadernado en tapa dura, con cubiertas y lomo de tela



roja sobre las que se habían grabado en letras doradas el título y el autor. Casi al mismo tiempo, sin duda sospechando que el libro podría resultar demasiado largo y oscuro para algunos, Hodgson publicó una versión mucho más corta de su novela, a la que dio el título de *The Dream of X* (1912). Luego vino la Gran Guerra y Hodgson desapareció —desapareció en el sentido más literal de la palabra— du-

rante la batalla de Ypres, volatilizado por la explosión de un proyectil de artillería. A partir de entonces su nombre y su obra quedaron en el recuerdo de apenas unos pocos y devotos lectores (entre los que cabe destacar a H. P. Lovecraft), y de su mujer, Betty Farnworth, también conocida como Bessie, que intentó por todos los medios que los escritos de su difunto marido no fuesen definitivamente olvidados. Entre tanto, sus libros no dejaban de criar polvo y telarañas sobre las estanterías de las vetustas librerías de segunda mano.

Tuvieron que pasar muchos años desde la muerte de Hodgson para que alguien se fijara seriamente en su obra. Aunque Bessie había estado batallando con diferentes editoriales para que los escritos de su marido no quedaran en el olvido, consiguiendo a duras penas que algunos de ellos fueran reeditados en «colecciones baratas» publicadas por Holden & Hardingham en 1921, no fue hasta 1934 cuando un tal Herman Charles Koenig (1893-1959), un electricista (un ingeniero eléctrico, que diríamos ahora) al que le apasionaba coleccionar libros, presentó la obra de Hodgson al mismísimo H. P. Lovecraft, quien devoró sus libros entusiasmado e incluyó una entrada sobre el escritor en su célebre y novedoso «The Supernatural Horror in Literature» (*El horror sobrenatural en la literatura*)^[1], ensayo de género que escribió entre 1925-27, aunque luego revisó en profundidad, añadiendo numerosas entradas y modificaciones, en 1933 y 1934.

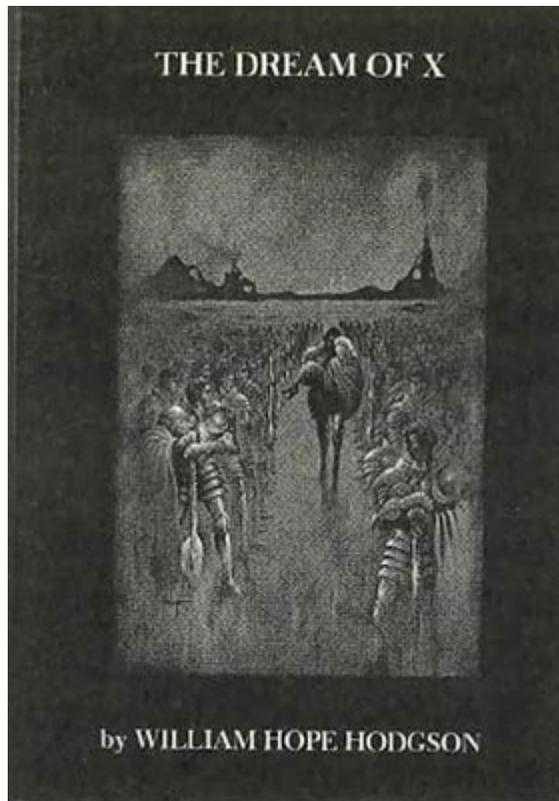
Pero Koenig no se quedó satisfecho con tan modesto logro, y lo mejor aún estaba por llegar. Bessie había muerto en 1943 y los derechos literarios de Hodgson pasaron a su hermana Lissie. Mientras tanto, H. C. Koenig se había propuesto rescatar la obra del escritor marino y decidió enviar todos sus libros a Mary Gnaedinger, la editora de la revista pulp *Famous Fantastic Mysteries*, quien los leyó y estuvo de acuerdo con Koenig en su valor literario. Fruto de esta colaboración, y de la insistencia del electricista, en el

número de diciembre de 1943 de *FFM* apareció el relato «The Derelict» (*La nave abandonada*)^[2], que fue aceptado con entusiasmo por los más de 50.000 lectores que tenía la revista, lo cual animó a la editora a sacar una versión recordada de *Los piratas fantasmas*^[3] en el número de marzo de 1944 y la novela, esta vez completa, *Los botes del «Glen Carrig»* en el de junio de 1945. Los esfuerzos casi obsesivos de Koenig estaban dando sus frutos, y para rematar la faena, después de largos y sin duda insistentes años de correspondencia con August Derleth —el injustamente vilipendiado editor de Arkham House—, éste se decidió a publicar un inmenso volumen (639 páginas, 350.000 apretadísimas palabras) con las cuatro novelas^[4] completas de W. H. Hodgson; el mastodóntico decimosexto libro de la legendaria Arkham House vio la luz en 1946 con el título de *The House on the Borderland and Other Novels*. Más adelante, en 1967, Derleth también editó una selección de los cuentos de terror en el mar de Hodgson: *Deep Waters*, Arkham House, 1967.

El trabajo de zapa ya estaba hecho. Se había colocado el primer ladrillo en el que se fundaría el reconocimiento póstumo de un autor prácticamente olvidado. A partir de entonces, la obra de WHH fue cada vez más apreciada y leída por parte del aficionado a la literatura de horror y fantasía. Así pues, creo que más de uno debemos agradecer a este modélico electricista y acaparador de libros su empeño en rescatar una obra que, al cabo de los años, nos iba a deparar tantos placeres.

El Reino de la Noche es sin duda la obra más controvertida de Hodgson y, dejando posiblemente de lado algunos de sus cuentos de terror en el mar, la más publicada. Ha sido traducida a multitud de idiomas y sus ediciones se cuentan por centenares, a pesar de todos sus defectos y de que ya ha pasado más de un siglo desde que apareció por vez primera en las librerías. De ella se ha dicho lo siguiente:

«*El Reino de la Noche* es una larga narración que se desarrolla en la tierra, en un futuro infinitamente lejano, billones y billones de años hacia adelante, después de la muerte del sol... A pesar de todas sus carencias, sigue siendo una de las piezas más potentes de imaginación macabra jamás escritas. El retrato de ese planeta muerto, tenebroso, con los restos de la raza humana guarecidos en una increíblemente inmensa pirámide de metal, asediada por monstruos, engendros híbridos y desconocidos poderes de la oscuridad, es algo que ningún lector podrá olvidar fácilmente...». (H. P. Lovecraft, *El horror sobrenatural en la literatura*).



«(*El Reino de la Noche*)... es la principal obra de fantasía imaginativa de Hodgson. Aunque se trata de

un relato de ciencia-ficción, al evocar el Último Reducto de la civilización humana que resiste el asedio perpetuo de ciertas entidades malignas, Hodgson ha logrado crear una nueva dimensión en el tratamiento del horror que trasciende y supera con creces a todas las antiguas historias de satanismo, brujería, hombres lobo y vampiros...». (Sam Moskowitz, introducción a *The Dream of X*).

«Una extraordinaria fantasía acerca de un tiempo en el que el sol ha muerto y la humanidad resiste asediada en el interior de dos inmensas pirámides de metal». (I. F. Clarke, *Tale of the Future*, 1978).

«En toda la historia de la literatura hay pocas obras tan genuinamente remarcables, tan puramente creativas, como *El Reino de la Noche*. Cualesquiera que sean los fallos de esta novela, a pesar de lo exagerada que pueda parecer su extensión, el libro sin duda impresionará al lector con sus descripciones de la última saga de un cosmos agonizante, de la épica resistencia de un mundo asediado por la noche eterna y por el imparable ascenso de las tinieblas. Sólo un gran poeta podría haber concebido y escrito esta historia; y quizás no sería demasiado fantasioso ponderar cuánto hay de profecía entre las palabras y frases de esta magna obra poética». (Clark Ashton Smith, *In appreciation of William Hope Hodgson*, 1944).

«... una fantasmagoría visionaria sin parangón». (Neil Barron, *Fantasy Literature*, 1990).

La novela tiene dos partes bien diferenciadas. En la primera, y exceptuando el capítulo inicial, que es una especie de introducción o «enlace» a la segunda parte de la obra, se nos describe ese terrible «Reino de la Noche», un mun-

do inhóspito, desolador, poblado de extrañas y ciclópeas entidades que nadie sabe bien de dónde han salido, y de seres y criaturas salvajes, malignas e ignorantes, que parecen estar suspendidas en un estadio muy temprano de la evolución. Esta primera parte ocupa más o menos la mitad del libro y está llena de imágenes inolvidables que sin duda debieron resultar bastante inquietantes, y hasta demasiado imaginativas, para la mentalidad victoriana de la época. Se trata de ocurrencias, sucesos y paisajes que ahora, posiblemente, no lleguen a provocarnos esa «sensación de maravilla» que sin duda tendríamos de no habernos tocado vivir en una época en la que, casi sin movernos de casa, permaneciendo frente a una pantalla plana y guiándonos por un simple puntero, podemos ver —si queremos— prácticamente cualquier cosa. Pero entonces, hace más de un siglo, había que tener mucha imaginación, o estar bajo los efectos de ciertas drogas, para poder escribir algunos de los párrafos que aparecen en la novela. Me viene a la memoria una escena que, desde mi punto de vista, pudo ser copiada para un plano de la película de 1979 *Apocalypse Now*, de Francis Ford Coppola; por supuesto, salvando las diferencias de localización geográfica, personajes e historia. Pero el «sabor», la sensación que deja sobre el que visualiza la cinta y el que lee el libro es exactamente la misma. En la película la escena acontece mientras los protagonistas van subiendo en la barca por el río; en el libro es el aventurero el que se topa con ella mientras busca a su amada en medio de la desolación del mundo. En ambos casos el objeto es un «aparato» volador abandonado en un paraje terriblemente inhóspito. También resulta impresionante la descripción de un mundo en continuo movimiento, un mundo agonizante cuyas ciudades tienen que estar siempre avanzando hacia el oeste, por una especie de tren inmenso, para poder sobrevivir; la idea es totalmente innovadora y sorprendente, incluso para una época tan desarrollada y llena de premisas originales como la nuestra, y no puedo evitar

acordarme de otra película reciente que debe mucho a esta fantasía de Hodgson: *Snowpiecer (Rompenieves)*, de Bong Joon-ho, 2013.

La segunda parte del libro se inicia cuando nuestro héroe llega a la Pirámide Menor y rescata a su amada. En ella se narran las aventuras, peligros y avatares a los que se ven expuestos los dos personajes, el hombre y la mujer, mientras intentan regresar sanos y salvos a la seguridad de la Gran Pirámide. Sin duda es esta parte del libro la más controvertida, la que a mí, en una adolescencia ávida de aventuras más simples y «movidas», me hizo abandonar su lectura. Pero también es la más interesante y reveladora, la que nos permite acercarnos, espiar, intuir la personalidad del autor y los condicionantes de la época en la que fue escrita la historia.

Decir que muchos párrafos de esta segunda parte de *El Reino de la Noche* son políticamente incorrectos para la sociedad de nuestro tiempo es quedarse muy corto. La relación hombre-mujer, o mejor: macho-hembra, se pasa por salva sea la parte todos los convencionalismos normales y mínimamente aceptables para los cánones de nuestra sociedad. Aunque parezca extraño, o imposible, en esta parte de la historia se van a encontrar con un montón de párrafos en los que abundan el machismo, la dominación, el maltrato físico y emocional —tanto por el lado femenino como, por supuesto, y sobre todo, por el masculino—, el sadismo e incluso el sadomasoquismo. Y sin embargo, esa misma historia está repleta de amor, de un amor inocente y, en ocasiones, bobalicón, y de grandes dosis de erotismo y sexo, un sexo que, a pesar de su aparente ingenuidad —o quizás gracias a ella—, puede llegar a resultar bastante retorcido: enfado-reconciliación ardiente, dolor-placer, gozo reprimido al ser azotada o al azotar, ropas desgarradas desde los hombros para recibir «el castigo» que, invariablemente, terminará en un «beso apasionado». Nuestro masculino héroe zarandeará, atará, desgarrará los ropajes y fi-

nalmente azotará a nuestra adorable heroína; por supuesto, siempre por su bien y sin poder evitar que en estas acciones sienta todo tipo de remordimientos, una profunda angustia y tristeza... y un placer apenas reprimido. Por su parte, ella lo maltratará psicológicamente, lo desafiará, actuará con suma picardía, agujoneándole (excitándole), y por fin «recibirá lo que se estaba buscando, lo que se merecía»; y el caso es que no podemos estar del todo seguros de que no acabe disfrutando con ello.

De nuevo repito lo del influjo de la época victoriana. No creo que nadie en nuestros días pudiera ganarse la vida escribiendo párrafos como los que nos regala nuestro querido Hodgson con respecto a las relaciones de pareja, aunque ya quisieran muchos ser capaces de imaginar algunas de las escenas y situaciones que impregnan la novela. Pero hay que tener presente que en la época en la que fueron escritos resultaban bastante normales; la sociedad victoriana, de puertas adentro, y en cuestiones sexuales, no era tan mojigata como nos han hecho creer. En fin, sin duda estos párrafos de la novela darían para un estudio psicológico de las relaciones hombre-mujer en la época victoriana, y no solo de las relaciones habituales, del día a día, sino también de las más íntimas y eróticas. Además, Hodgson las describe de una manera tan inocente, tan simple, tan ingenua, que lo único que consigue es poner más en evidencia el subconsciente, los deseos ocultos del protagonista, al cual se le supone cierto álter ego con el propio autor.

Pero no todo es sexo y amor en esta segunda parte. Hodgson se atreve con Darwin y la teoría de la evolución (en relación a ciertas bestias llamadas Hombres Jorobados), nos da consejos matrimoniales y de pareja, nos sugiere cuál es la mejor manera de tratar a una muchacha rebelde y de conseguir que la dama en cuestión se sienta verdaderamente orgullosa de su hombre, y, mientras tanto, fantasea con el fin de los tiempos y la extinción de la especie humana, y nos regala algunas de las imágenes más increíbles y

de las descripciones y fantasías más portentosas de la literatura de terror, como la de esos trenes que llevan a cuevas ciudades en continuo movimiento. Así pues, su aguerrido héroe medita, reflexiona, se ve acosado por el deseo (encubierto e inconfesable), nos cuenta la historia de su mundo, un mundo infernal y terrible, y al mismo tiempo se enfrenta a seres espantosos, sangra por todos los poros de su cuerpo, está a punto de morir golpeado, machacado, desgarrado, para conseguir finalmente salvar a su Amada —y a sí mismo— en incontables ocasiones; y he de advertir también que su adorable y bella heroína tampoco se queda atrás. ¿Qué más podemos pedirle a una novela de fantasía?

Hodgson y *El Reino de la Noche* en la Red

Todo aquel que, una vez terminada la novela, se quede con ganas de seguir vagabundeando por el mundo terrible del Reino de la Noche o saber algo más de la figura de su autor no debería perderse los siguientes sitios web:

<http://nightland.website/>

(Espacio dedicado especialmente a *The Night Land* creado por un entusiasta enamorado de la novela, Andy Robertson, en 2001. Contiene relatos inéditos de escritores aficionados —se llegaron a publicar dos libros con sendas recopilaciones de los mismos: *Night Lands I* y *II*—, noticias, mapas, imágenes, fotos y diferente información acerca del Reino y de Hodgson. Una buena página y un tesoro para el admirador de Hodgson. Andy, desafortunadamente, murió en 2014 y ahora es Kate Coady quien está reiniciando la actividad del sitio.)

https://en.wikipedia.org/wiki/The_Night_Land

(Wikipedia no podía faltar. Excelente entrada con un montón de información acerca del Reino.)